

LA REGIÓN. PROCESO, MÉTODO Y GLOBALIZACIÓN

Jorge Bracho

Resumen

La emergencia regional es una ostensible demostración del reconocimiento de un desenvolvimiento geohistórico. De igual modo, muestra cómo este mismo desenvolvimiento se encuentra plagado de heterogeneidad, entrecruzamientos, atravesamientos y desterritorialización, al lado de la configuración de nuevas territorialidades. Lo regional forma parte de las estrategias identitarias en uso por parte de los conglomerados humanos silenciados en procura del progreso y la modernización. También señala las congruencias con lo que hoy pudiera denominarse posmodernidad, en el sentido de rescate de situaciones, enunciados y representaciones opacadas por la modernidad – mundo en aras de la homogeneidad.

Palabras clave: cultura, nación, modernidad, posmodernismo, orden, método, configuración social.

Summary

The regional emergency is an ostensible demonstration of the recognition of a development geohistórico. In a same way, it shows how this same development is plagued of heterogeneity, entrecruzamientos, atravesamientos and desterritorialización, beside the configuration of new territorialidades. The regional thing is part of the strategies identitarias in use on the part of the human conglomerates silenced for the sake of the progress and the modernization. It also points out the consistencies with what today could be denominated posmodernidad, in the sense of rescue of situations, enunciated and representations opacadas for the modernity-world for the sake of the homogeneity.

Key words: culture, nation, modernity, posmodernismo, order, method, social configuration.

Preliminar

Una de las ideas que se ha venido difundiendo con bastante insistencia, a la luz de la globalización, encuentra asociación con el término desterritorialización. Con la misma se ha intentado dar cuenta de una nueva temporalidad en lo que se

refiere al movimiento de ideas, personas, objetos, símbolos, mercancías, ideologías y representaciones. Con la noción aludida se busca dar a conocer que este movimiento no posee un centro único, más bien ayuda a la identificación de una multiplicidad de expresiones y realizaciones más allá de las naciones o las empresas nacionales.

La desterritorialización indica una de las vertientes más fuertes de la modernidad. Tanto el cambio en la estratificación social, como la emergencia de la soberanía política, son indicadores claves de la movilidad desde un territorio hacia otro. No me refiero únicamente a un referente territorial, tal como lo conocemos hoy, me refiero a una movilidad cultural, social, económica, geográfica y política.

En este orden de ideas, toda desterritorialización, es decir, cambio de perspectiva, movilidad topográfica, inéditos conceptos, valores creencias y representaciones implican reterritorialización. Con los inicios del mundo moderno, por lo menos desde el siglo XV, las relaciones sociales dejaron de estar situadas en un contexto territorial específico. Con la modernidad se inaugura, entre otras situaciones, una nueva continuidad temporo – espacial dentro de territorios más amplios.

Un ejemplo de gran envergadura, cuya data pudiera bien ubicarse en el siglo XVII, por lo menos en Francia e Inglaterra, se relaciona con la construcción de las naciones. El proceso de erección nacional muestra como los diversos espacios sociales se decantan, en virtud del flujo migratorio, financiero, ideológico, mediático, simbólico y cultural, en general. Como bien lo ha subrayado el brasileño Renato Ortiz (1998), la idea moderna de la nación ha implicado el desdoblamiento del sustento territorial de actuación hacia el retiro de personas desde sus localidades –sociales, económicas y sustento económico- para recuperarlos en tanto integrantes de espacios más amplios, ora en términos territoriales ora en términos culturales, de ciudadanía. *Grosso modo*, lo que con la nación se buscó afianzar fue la

desterritorialización espacial, *stricto sensu*, de las especificidades del provincianismo, de los localismos, y, con ello, la integración como componentes de una misma comunidad nacional o patria.

En fin, lo que la desterritorialización conlleva sugiere la dilución fronteriza. La realidad fronteriza ha sido objeto, desde por lo menos la Segunda Guerra Mundial, de una fractura en lo que atañe a su contenido. Contenido que ofreció la impresión de homogeneidad y realidad sin fisuras. Con la cada vez creciente dependencia hacia la comunicación, a través de redes, satélites, faxes, multimedia, se ha propiciado la amplitud de los históricos límites geográficos y comunicación plena. La actual desterritorialización cultural es de muy distinto tenor a la del siglo XIX, porque la misma hoy comprende la mundialización. Las industrias culturales, la migración de fuerza de trabajo, el terrorismo, el narcotráfico, la prostitución, dan cuenta de una civilización desterritorializada y que, a su vez, se atempera e hibrida en otros espacios territoriales, lo que implica la reterritorialización.

Quizás, este movimiento de desterritorialización y reterritorialización, ha concitado la creencia en la homogeneidad plena. En este orden, no deben olvidarse los intentos de orden mental, territorial, jurídico y policial propios de la cosmovisión moderna, en especial, la segunda modernidad propia del siglo XVII (Toulmin;2001) y configurada a la luz de las propuestas cartesianas y newtonianas. Así como la modernidad, o sus epígonos, no lograron conjurar las desviaciones metafísicas, mucho menos la reinención del mundo haciendo tabula rasa del pasado, los embates globalizadores tampoco han logrado hacer del globo terráqueo la uniformidad pura.

La pregunta que hoy habría que hacerse sería, si es posible que la globalización, tanto en su sentido de proceso en marcha como propuesta teórica, ha logrado barrer hábitos y costumbres arraigadas en el tiempo, o hacer de la cultura un todo

homogéneo en los diversos espacios territoriales del planeta. También cabría interrogarnos si aquel anhelo, propio del siglo XVII, de hacer de la soberanía un plexo sin fisuras, no sólo respondió a unas ansias de orden; orden que se pensó realizable amén del racionalismo meramente teórico, afianzado después de 1650 y que inundó las conciencias letradas de Occidente hasta, aproximadamente, la década del sesenta (60) de la centuria pasada.

1-. La Búsqueda del Orden

No he aludido el caso alrededor de la palabra desterritorialización por pura vanidad gnoseológica. Lo he hecho porque desde los inicios de lo que la cronología absoluta ha denominado modernidad aquélla no ha cesado. Sólo que en los tiempos que transitamos la misma se ha radicalizado hasta alcanzar niveles que han hecho tropezar las antiguas nociones en torno a la geografía, la sociología y la historia con sus propias convicciones.

Así como desde el siglo XVII se privilegió lo escrito frente a lo oral, lo universal sobre lo particular, lo atemporal sobre lo temporal, también de suyo se dio prerrogativa a toda idea, valor, creencia o representación que propendiera hacia las equivalencias, la homogeneidad, la estabilidad y, en consecuencia, el orden. El orden visto de este modo no sólo se presentó como un hecho posible de realizar, sino también como una realidad que se tenía ante sí amén de abstracciones teóricas, basadas en la realidad instrumental porque la razón, entre otros atributos, fue convertida en el verdadero eslabón que haría posible el tan ansiado orden social.

Quizás, pudiera alguien preguntarse porqué he tomado como referencia temporal el siglo XVII. Resulta que desde esta centuria se rompe con una dinámica cultural, humanista, que se comenzó a gestar desde el período renacentista, cuando el escepticismo no era pecaminoso, la diversidad una rica fuente

de elucubraciones y la unidad cuerpo mente era apreciada como inherente a los actores sociales.

Grosso modo, la dinámica cultural que se convierte en hegemónica, en el siglo XVII perduró hasta bien entrado el siglo XX. Cuando los estudios alrededor de la física cuántica y la termodinámica, de Heissenberg (1927), dieron por sentado que la complejidad, la diversificación y la multiplicidad era la verdadera faz de las actividades humanas y físicas.

También, una disciplina de reciente data, la ecología, ha proporcionado la idea de los nichos ecológicos, así como que el *orden de la naturaleza* comprende un haz plagado de dinamismo y realizaciones constantes. Ideas, por supuesto, contrarias a aquellas divulgadas por la Ilustración, de que la naturaleza era presa de un movimiento temporal cíclico.

He mencionado la ecología, aunque también debo hacer lo mismo con la geografía y sus estudios acerca de las regiones. Si nos remitimos al siglo XIX, por ejemplo, es posible apreciar que fue la disciplina geográfica desde donde se divulgó la noción de región natural. Dentro de esta noción iba implícito el hecho de que la naturaleza ejercía su poder, bastante fuerte, sobre los seres humanos, de ahí que todo estudio, en este sentido, partiera siempre del paisaje natural. Esta noción sería, paulatinamente, sustituida por la de región homogénea donde la idea de naturaleza antropizada indicaba el poder ejercido por los seres humanos sobre el paisaje natural.

Con base en el enfoque sistémico se dio inicio a la consideración del concepto de región polarizada; donde la palabra homogeneidad cede ante la consideración de un centro urbano que polariza o ejerce influencia sobre espacios rurales o periféricos. Noción o concepto que se denominaría entre quienes, en Venezuela, han asumido el enfoque geohistórico (Tovar;1986) *hinterland*. Ya hacia la década de los setenta (70) del siglo XX se presenta la elaboración de la idea región

percibida- vivida, para con ésta intentar la superación del objetivismo positivista. La importancia de esta nueva percepción reside en que el objetivismo, inherente a los conceptos de región natural y polarizada, se solapa en la consideración que los mismos actores sociales pueden tener del espacio regional donde ejecutan sus actividades.

2-. Región y Cultura.

Es posible afirmar que, desde mediados de la centuria pasada, el subjetivismo ha venido teniendo acto de presencia, con mayor intensidad, entre los estudiosos de las ciencias sociales. A pesar de la insistencia acerca de la existencia plena de un objeto denominado región, ésta puede ser definida según la percepción y la memoria histórica de quienes hacen vida en diversos espacios territoriales. Antes que datos puros y objetos de estudio preexistentes, las regiones implican un haz conceptual el cual es resultado de distintas realizaciones económicas, políticas, sociales, históricas y culturales.

Con esto no deseo expresar que las regiones sólo sean posibles, o la determinación de su existencia, mediante abstracciones. La región, bien pudiera considerarse, como un cúmulo de experiencias naturales y humanas que le proporcionan un carácter específico. En este sentido, lo que intento es llamar la atención acerca de la región en tanto construcción cultural, consecuencia o determinación de la dinámica natural e histórica. Desde esta perspectiva bien pudiera considerarse la noción de región socio cultural, inherente a la dinámica espacial en el proceso histórico capitalista.

Sin duda alguna, todo proceso histórico implica una serie de elementos, aspectos, situaciones, hechos, que marcan toda situación en el devenir. En las diversas comunidades humanas y, a través, de generaciones, sus integrantes han experimentado distintas vivencias históricas, anhelos políticos y sociales, activi-

dades productivas comunes, valores culturales análogos y, es posible, frustraciones que han marcado sus vidas.

La idea cartesiana del devenir histórico pensó éste como borrón y cuenta nueva, de ahí el entusiasmo que despertó, y despierta, el término revolución, que es una palabra y sólo eso. No obstante, ninguna actividad que se emprenda, por muy novedosa que ella sea, deja de tener las huellas del pasado. Si atendemos a esta aseveración, la noción de región socio cultural puede ser concebida como el sustento de la memoria individual y colectiva, así como el ámbito de adscripción y reconocimiento de un grupo humano.

Por otra parte, variados elementos propios de la geografía, ya sean antropizados o no, sirven de base simbólica. Siendo así, la región sociocultural se definiría como un espacio pletórico de significados y referentes de pertenencia. En este caso, la identidad regional puede presentarse cuando una gran cantidad de los habitantes de una misma región se apropian de símbolos, valores y creencias de la misma. Este proceso se presenta en la medida que la idea del *nosotros* – *ellos* se hace dominante en el amplio espectro humano.

La imagen que de sí misma puede fraguar una comunidad regional, se presenta en virtud de la utilización de estrategias y referentes de diferenciación, que pueden pasar por las características naturales, morfológicas, climatológicas, al igual que, formas de asociación y producción, leyendas, mitos y realizaciones políticas. Por supuesto que la apropiación de símbolos, valores y representaciones de identidad no se presentan de manera mecánica y unívoca. La identidad es parte de un proceso de socialización que, si bien es cierto, sus contenidos pueden transmitirse por la vía de los hábitos y costumbres, no lo es menos su connotación conciente.

Lo que quiero significar, es que muchos de los contenidos de la identidad regional son, por lo general, inducidos por quie-

nes tienen los medios disponibles para ello. No sólo la escuela, también medios impresos y audiovisuales juegan un rol significativo para hacer posible el sentimiento de comunidad. Máxime en los últimos años que antropólogos, sociólogos e historiadores han comprobado la importancia de la memoria histórica y colectiva, así como la importancia de referentes de pertenencia que contribuyan con la posibilidad de cohesión y funcionalidad social.

Desde esta perspectiva la noción de *matria*, propuesta por el historiador mexicano Luis González, refiere la existencia de “pequeños mundos municipales”, los que se conocen también con la denominación de localidades, *terruños*, tierra natal o patria chica. De la misma manera, aquel concepto indica la convivencia en *nichos ecológicos* que van desde valles estrechos, partes de una llanura o un segmento litoral. Aunque la idea de *matria* contribuya a romper con visiones cargadas de homogeneidad, deja de lado el hecho de que muchas *matrias* se encuentran condicionadas por su cercanía o lejanía con los polos de mayor dinamismo económico, social y cultural, es decir, su *hinterland*.

Sin embargo, conceptos como los de región socio cultural, *matria*, localidad, *terruño*, señalan que el territorio, en tanto nación, ha perdido su especificidad totalizadora. Como lo he esbozado más arriba, la idea de orden territorial condujo a la creencia de que la organización total territorial sería posible. Esto amén de un supuesto carácter nacional de cada uno de los pueblos, idea que ha concitado a la configuración de una identidad nacional como el único mecanismo propicio para hacer de sus pobladores actores con formas de actuar y pensar homogéneos.

En la actualidad, gracias a los trabajos de Benedict Anderson (1993), Arjun Appudarai (2001), George Yúdice (2002) y Anthony Smith (2000), se sabe que la forma de experi-

mentar los contenidos de lo nacional se presentan por la vía de *imaginarse* la convivencia dentro de la simultaneidad y la coetaneidad.

Lo expresado con anterioridad no desdice, en absoluto, los argumentos hasta el momento esgrimidos. Traigo a colación estas ideas porque el tiempo actual se ha convertido en un escenario de distintas explicaciones que tienen al ámbito cultural su pábulo más fuerte, amplio y pleno. Desde esta perspectiva se puede señalar que el sentido de pertenencia territorial pasa, necesariamente, por creencias religiosas, hábitos de consumo, formas de producción, modos de asociación, medios de diversión y representaciones míticas, que indican un reconocimiento y un sentido de pertenecer a algo más allá de la simple relación con el territorio.

3-. La Región entre Particularidad y Universalidad.

Hasta el momento he probado esbozar lo que la región, el territorio o la nación ha implicado, especialmente, desde el siglo XIX hasta los tiempos de ahora. Del mismo modo, he reseñado la articulación de la región con el espacio cultural y la identidad, tanto regional como nacional, así como que la emergencia de lo regional ha venido a develar la supuesta unicidad de la nación. Lo que pretendo en este aparte es el encuentro con una resumida descripción de la dialéctica entre lo particular y lo universal, es decir, sus imbricaciones, atravesamientos y yuxtaposiciones bajo el influjo de lo que hoy se denomina globalización.

Bien pudiera comenzar expresando que toda identidad equivale a una parte subjetiva de la cultura. Pero, por qué subjetiva?. Porque toda forma de identidad se hace de modo conciente. Aunque no debe obviarse el hecho de formas de identificación más bien asociadas con vivencias familiares y otras formas de afinidad, la identidad, ya sea nacional, local o regional, se asocia con el uso de algunos elementos de la cultura,

mitos, hábitos, costumbres. O bien, se crean nuevos emblemas y símbolos e inventan tradiciones (Hobsbawm; Ranger; 2002), todo ello con la finalidad de establecer referentes de identificación entre los actores sociales.

Hoy se sabe, por ejemplo, que las naciones tienen mucho que ver con las formas de representación en uso para ser imaginadas. Ahora bien, esa “imaginación” (Anderson;1993) ha sido posible amén de mecanismos creados para su concreción. El mismo Anderson ofrece el ejemplo de la difusión de discursos escritos, con los cuales se creó el imaginario en torno a la convivencia dentro de un tiempo simultáneo. También hizo lo propio con la identificación hacia el territorio o patria.

Siendo así, no creo desatinado pensar la conformación de espacios territoriales más amplios como un imperativo de la modernidad (Ianni;2000). Como lo fueron, de suyo, el orden, el progreso, la civilización y, ahora, la democracia. Esta nueva ampliación territorial pasó de la ciudad a la nación y, hoy, a la región. Con toda razón Ugo Pipitone (2003) ha llegado a proponer que el capitalismo tuvo como primer escenario la ciudad, luego la nación (aunque, no está muy claro del por qué de este tránsito) y en los últimos años se ha venido enaltecendo lo regional.

El trabajo que he citado (Pipitone;2002) tiene la virtud de demostrar la capacidad y versatilidad que ha caracterizado al sistema capitalista de producción. No obstante, su idea de *región* también sirve de base para considerar como las naciones cumplieron un papel importante en el devenir. También, que la dinámica de su funcionamiento reclama un nuevo formato. A pesar de que las naciones, y lo que a ellas es inherente, continúan siendo un factor esencial dentro del sistema mundo.

La idea, tan propia del siglo XVII, de una ciencia universal, al igual que los principios por ella divulgados, se difumina con las distintas situaciones que han venido haciendo acto de

presencia en el sistema mundo coeval. Tanto la región multiestatal, aquella que recrea la nación amén de la integración – como el caso de una parte de Europa-, como la región intraestatal, dan cuenta de la falsedad de la idea de la nación en tanto conglomerado de pareceres semejantes y espacio univalente.

Por otro lado, la idea de universalidad remite a la existencia de un grupo de principios teóricos y leyes, naturales, propicias para ser aplicadas en todo espacio y todo tiempo. No sólo está presente aquí la propensión, afinada en el decimonono, acerca de la preeminencia de lo atemporal – lo descontextualizado- sobre lo temporal. También lo está, la necesidad de afianzar los mecanismos que harían posible la nación. Por esto se estableció la necesidad de justificarla, en un principio, mediante un elusivo *carácter nacional* en el seno de todo pueblo, territorio o patria, luego la función le correspondería, en el siglo XX, a la identidad nacional.

Hasta este punto, bueno es advertir que lo expresado hasta ahora no es un simple ejercicio gnoseológico y extemporáneo. Creo posible demostrar cómo un nuevo paradigma de los espacios viene emergiendo desde mediados del siglo XX. Un paradigma más comprometido con la complejidad del mundo. Se trata, más bien, de dejar a un lado las categorías, conceptos y nociones pensadas en tanto esencia o sustancia previa. Lo complejo viene a significar que el planeta tierra no ha respondido a una configuración propia de un orden pensado del mundo, sino más bien a una serie de situaciones opcionales de vida que se han presentado en el acaecer.

Así lo regional vendría a significar parte de las estrategias identitarias, afirmadas por grupos humanos cuya esencia se encuentra en salir de aislamientos, silenciamientos y opacamientos. Fernández (1997), Amodio y Ontiveros (1995), por ejemplo, han demostrado, amén de testimonios orales y trabajos de campo, como al lado de los emblemas, valores, símbo-

los y representaciones de la identidad nacional, se subsumen otros con vivencias particulares y la convivencia dentro de lo que Luis González denominó *matrias*. Esos pequeños espacios donde se recorren los primeros pasos y se comparten las primeras experiencias; pero, también es posible el encuentro con la reterritorialización de conceptos, mitos, leyendas y formas de convivencia.

Ya para finalizar, me gustaría citar el ejemplo de la geografía posmoderna. Ésta ha venido proponiendo nuevas formas de interpretación, nuevos conceptos y nuevas ideas con la finalidad de encontrar una vía de interpretación, a la luz de los fenómenos globales, de la reestructuración económica, política, cultural e ideológica del sistema mundo en las postrimerías del siglo XX. Como se sabe, el posmodernismo es una metodología que intenta encontrar una explicación teórica y práctica acerca de las inéditas espacialidades surgidas en los últimos tiempos a raíz del toyotismo o postfordismo, cuyas características de mayor relieve se asocian con la acumulación flexible, la automatización, la informática, el cambio tecnológico, la búsqueda de nuevos mercados, la relocalización industrial, la movilidad geográfica, el talante efímero de las modas, la flexibilidad laboral, la disminución del poder estatal y la fuerte internacionalización de los procesos económicos (Nogué y Rufi;2001).

Por otro lado, el posmodernismo, en especial el francés por su tenor anticartesiano, rescata la subjetividad, a la vez que enaltece lo particular sobre lo general y, por ende, lo local frente a lo universal. Lo regional visto desde esta perspectiva vendría siendo un corolario *natural* de las experiencias humanas, las cuales buscaron ser encuadradas en ámbitos más generales como las naciones. Todo ello se buscó afianzar con la centralidad estatal (uno de los aspectos fundamentales de la modernidad), de ahí que se crearan mecanismos *ad hoc* para lograr la homogeneidad y hacer de los ocupantes de un territorio específico na-

turales de una nación. Del mismo modo, se creyó que toda especificidad particular y local podría ser borrada en aras del progreso y la modernización. Asimismo, que la concreción de espacios más amplios sería posible por la homogeneidad divulgada desde el Estado centralizador y las vanguardias esclarecidas.

Referencias

AMODIO, Emanuele y Teresa Ontiveros (Editores;1995) **Historias de identidad urbana**. Composición y recomposición de identidades en los territorios populares urbanos. Caracas. Fondo Editorial Tropykos/FACES-UCV.

ANDERSON, Benedict (1993) **Comunidades imaginadas**. Reflexiones sobre el origen y la expansión del nacionalismo. México. Fondo de Cultura Económica.

ANNINO, Antonio y Francois-Xavier Guerra (Coordinadores;2003) **Inventando la nación**. Iberoamérica. Siglo XIX. México. Fondo de Cultura Económica.

APPADURAI, Arjun (2001) **La modernidad desbordada**. Dimensiones culturales de la globalización. Montevideo – Uruguay. Ediciones Trilce/Fondo de Cultura Económica.

FERNÁNDEZ MARTORELL, Mercedes (1997) **Antropología de la convivencia**. Manifiesto de antropología urbana. Madrid. Cátedra.

HOBSBAWM, Eric y Terence Ranger (Editores; 2002) **Tradiciones inventadas**. Barcelona – España. Crítica.

IANNI, Octavio (2000) **Enigmas de la modernidad – mundo**. México. Siglo XXI editores.

NOGUÉ FONT, Joan y Joan Vicente Rufi (2001) **Geopolítica, Identidad y Globalización**. Barcelona-España. Ariel Geografía.

ORTIZ, Renato (1998) **Otro territorio**. Ensayos sobre el mundo contemporáneo. Santafé de Bogotá. Convenio Andrés Bello.

PIPITONE, Ugo (2003) **Ciudades, naciones, regiones**. Los espacios institucionales de la modernidad. México. Fondo de Cultura Económica.

SMITH, Anthony (2000) **Nacionalismo y modernidad**. Un estudio crítico

de las teorías recientes sobre naciones y nacionalismo. Madrid. Istmo.

TOVAR, Ramón (1986) **El enfoque geohistórico**. Caracas. Academia Nacional de la Historia. (Colección: estudios, monografías y ensayos, N° 77).

TOULMIN, Stephen (2001) **Cosmópolis**. El trasfondo de la modernidad. Barcelona-España. Península. (Colección: Historia, Ciencia y Sociedad, N° 313).

YÚDICE, George (2002) **El recurso de la cultura**. Usos de la cultura en la era global. Barcelona-España. Gedisa.